

HOMILÍA DE MONS ZORNOZA EN LA FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL NIÑO EN EL TEMPLO, A 2 DE FEBRERO DE 2020 EN LA S. A. I. CATEDRAL DE CÁDIZ

/Mal 3,1-4; Sal 23, 7.8.9.10; Hb 2, 14-18; Lc 2,22-32/

Queridos amigos:

Bienvenidos todos, que venís a celebrar en la Catedral esta hermosa Fiesta de la Presentación del Niño en el Templo, y sobre todo bienvenidos a los miembros de Vida Ascendente, que celebráis hoy el día de vuestros santos patronos, Simeón y Ana, ancianos y profetas, que esperaban la venida del Mesías y que lo reciben en el Templo. Querido P. Valentín, Consiliario diocesano del Movimiento Vida Ascendente. Nos encontramos con una fiesta que resulta muy actual.

Jesús cumple con la ley de Moisés, la ley de Israel. A los cuarenta días del nacimiento había que presentar a los Primogénitos en el Templo. Estos cuarenta días recordaban a los israelitas toda una historia de salvación. Recordad el Libro del Éxodo. Antes de que el Faraón dejara salir al pueblo de Israel oprimido en Egipto, ocurre la última plaga: el ángel exterminador, que da muerte a todos los primogénitos de Egipto. Los israelitas se salvan porque han puesto en las jambas de sus puertas la sangre del cordero de la cena de pascua, signo que hace que el ángel pase de largo. Al asentarse en la Tierra prometida, reciben como mandato el reconocer siempre que han sido rescatados. Precisamente como recordatorio, han de presentar a Dios sus primogénitos en el templo, y como rescate, ofrecer, el que pudiera, un cordero para el sacrificio, y los pobres, una tórtola y dos pichones. Así lo hicieron María y José, como pobres que eran. Al mismo tiempo, la mujer que había dado a luz se consideraba que había incurrido en impureza legal, y en el templo quedaba purificada, también por aquella ofrenda, y por su presencia en el templo de Dios.

Jesús hace lo que hace cualquier israelita, aunque Él no es pecador, ni su madre es impura. Hay un gran cambio, una transformación que aquí se anuncia: más que ser un hijo que será rescatado en el templo, Él será el que rescatará del pecado, del mal y la muerte a la humanidad. El profeta Miqueas, y así lo hemos leído en la primera lectura, ya anunciaba un personaje un poco misterioso que conocían los israelitas, el ángel de la alianza. No se definía muy bien quien era, pero, en nombre de Dios, daría paso a Su venida, pues iría al templo, y todos serían purificados, y presentarían ofrendas “con justicia”.

Cuando llega Cristo al templo, como vemos en el Evangelio, las ofrendas son pobres, pero es Él el que se ofrecía a sí mismo para darnos vida. Así nos lo recordaba la Carta a los Hebreos que escuchábamos en la Segunda Lectura. Él se ofrece a Dios para dar su vida en sacrificio como un auténtico cordero que se inmola: lo veremos claramente cuando de su vida muriendo en la Cruz. Sus discípulos cayeron entonces en la cuenta de que Jesús es el anunciado por las Escrituras, el que ha venido a salvar, que su entrada en el templo nos ha llenado de luz, y precisamente aquellas palabras proféticas de Simeón dan la clave para entender su presencia. Dice el anciano a Dios: “puedo morir

en paz, porque mis ojos han visto al Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones...”.

Cristo, el Señor, es nuestra luz. Esta es la gran verdad que nosotros reconocemos en medio de este recuerdo, de esta escena, que nos lleva también a aceptar las condiciones de la salvación, las condiciones de la vida de Cristo; a aceptar, por una parte, como Simeón y Ana, anunciar a Cristo que entra en el mundo para salvarnos, anunciarle con palabras y con obras, con la vida y el ejemplo, con la conversión, anunciarle a los demás; lo que ya hacéis tantos y tantas de vosotros, muchos como abuelos, llevando la fe a los nietos, ayudando a vuestros hijos, gastando la vida como siempre habéis hecho en vuestros trabajos, en vuestras casas, sirviendo a los demás. No desfallezcamos en ese esfuerzo de anunciar a Cristo el Señor, ofreciéndonos y al mismo tiempo anunciando al que es la luz del mundo. Inmediata y simultáneamente nos convertimos, como nos anuncia Jesús, en luz para el mundo. Y el candelero no se pone debajo de la cama, sino encima, para que alumbre a todos, para que todos puedan conocer la salvación de Dios (Cf. Mt 5,15).

El Señor, la Iglesia hoy, nos invita a reconocer el valor de Cristo. A veces cuando celebramos esta Fiesta, algunos, sobre todo alejados, pueden tener la impresión de que estamos solo recordando algo ya pasado. Pero no hay nada tan actual, necesario y urgente en nuestro mundo perdido, a oscuras en sus relaciones, en la experiencia del sentido de la vida. No se puede estar más a oscuras que cuando uno no sabe de donde viene ni a donde va. Necesitamos mostrar la luz de Cristo, porque no hay otro salvador. Es necesario reconocerle, amarle y presentarle al mundo. Por eso, presentar a Cristo hoy, que entra en el mundo para iluminar la vida de las personas, es el objeto de la evangelización, y por tanto de la misión de la Iglesia; como el Padre Dios envía a su Hijo al mundo el Señor nos envía a nosotros: así os envío yo, id al mundo entero, anunciad el evangelio, bautizad, predicad la conversión de los pecados, porque el mundo necesita encontrar al Señor, al Dios que le salva. (Cf. Jn 20, 19-23).

Hoy de una manera mucho más sorprendente, entre nosotros, nos encontramos con tantas experiencias vivas de fe que es difícil no reconocer la incidencia que tiene el Señor cuando entra en la vida de las personas. Es verdad que vivimos una fe que a veces no valoramos. Cuantas veces los mismos niños que hacen la Primera comunión, o terminan la Iniciación Cristiana, olvidan su presencia en la Iglesia o se distancian de ella por mucho tiempo. Sin embargo, en un mundo plural y heterogéneo como el nuestro, donde tanta gente no ha oído hablar nunca de Cristo y del Evangelio, nos encontramos con tanta frecuencia vidas intensamente sufrientes, que han buscado salir de la oscuridad del pecado, del infierno de tantas situaciones de persecución, de abusos, de maldad, y al encontrarse con la palabra del Evangelio, con el testimonio de los cristianos, con la presencia de Dios en la Iglesia, han decidido establecer esa relación última con Cristo, y han vuelto a la fe, o han pedido el bautismo.

En nuestro mundo hay muchos signos, cada uno de nosotros tiene que ser un signo. Al entrar en el templo y consagrarse a Dios, Jesús nos muestra un camino de especial consagración: la vida consagrada. Hoy, además, celebramos la Jornada de la Vida Consagrada, y la Iglesia entera pide por las personas consagradas a Dios. Todos estamos

consagrados por el bautismo al Señor, pero como la Iglesia ha reconocido siempre, se llama a una especial consagración a aquellos que por seguir a Jesús de una manera más perfecta lo dejan todo y entregan su vida, haciéndose disponibles para un desposorio con el Señor, que es lo que conocemos como la Virginitad Consagrada: los famosos votos de los religiosos y religiosas, consagrados y consagradas, para obedecer al Señor desprendidos de los bienes, y ser, podríamos decirlo así, un escándalo para la vida del mundo. En un mundo erotizado, materialista, donde se es más cuando más se tiene, las personas consagradas a Dios, ofreciendo su vida en pobreza, castidad y obediencia, son un escándalo para el mundo. Tenemos que pedir al Señor, para que estos religiosos, religiosas, consagrados y consagradas, sigan siendo para el mundo el atractivo poderoso de la riqueza de Dios, del que sabe que es rico porque lo tiene todo cuando tiene al Esposo, porque el Señor está en el centro de su corazón. La vida consagrada solamente brilla en el desprendimiento - "solo Dios basta", decía Santa Teresa-, y en el testimonio de que solo con Dios podemos ser felices, en la vida eterna que podemos degustar ya en esta vida presente. Es el testimonio de vida de que Dios es amable, digno de ser amado, y al que se acerca a Él, le llena el corazón.

Muchas veces decimos, es que como a Dios no podemos encontrarlo, solo podemos encontrarle en los demás. No es esa la experiencia de la Iglesia. Claro que debemos buscar y encontrar el rostro de Cristo en el otro, sobre todo en los más necesitados, para entregarnos a ellos. Pero el Señor es amor infinito, que llena el corazón del que le ama, y son precisamente en la historia de la Iglesia, esas personas enamoradas de Cristo, los que muestran una libertad absoluta, en el Tercer Mundo y en el Cuarto Mundo, y en las misiones, y en los lugares más marcados por el abatimiento y la pobreza, ayudando a los demás, dando su vida como la ha dado Cristo para los demás, mostrando una felicidad que para el que no cree es incomprensible.

Que se llene nuestro corazón de Dios. Que vivamos todos nuestra consagración de bautizados. El Señor nos ha rescatado de la muerte y del mal. Que toda nuestra vida sea un cántico de alabanza. Pidamos hoy especialmente por vosotros, por el movimiento de vida ascendente, por las personas mayores, para que anunciéis siempre a Jesucristo y lo viváis en el corazón, como un anuncio de esperanza de vida eterna. Por los religiosos y religiosas, consagrados y consagradas de nuestra Iglesia para que sigan mostrando en su vida la grandeza del amor de Dios que llena absolutamente el corazón y hace felices a los que le siguen con generosidad. Que así sea.